

# Invitación al Conservatismo

CARLOS MOLINA ARGUELLO

Con nuestra llamada "época colonial" ha ocurrido lo que con la Edad Media en el terreno de la historia universal. Apenas pudo romperse lo que en ellas era esencial, se echó sobre ambas, con febril espíritu revolucionario y afán de novedad, una andanada de denuestos, envenenando, injusta y quizá en manera irreparable, a las generaciones. El siglo pasado, "el estúpido siglo XIX", fue el siglo por excelencia de lo que pudiera llamarse la contumelia antihistórica. En ningún otro fue tan pertinaz la negativa, el empeño en denigrar y cortar el pasado. Explicable. Tuvo en él, nada menos, que su mayor florecimiento el Liberalismo y origen la doctrina marxista, su lógico engendro.

Salvo en los reducidos y poco influyentes sectores que se acogen al señuelo demoleedor y desesperado de este último evangelio, en los países europeos de más honda y sublimada cultura, en los medios de mayor responsabilidad intelectual, por lo que va del siglo, ha venido ganando terreno una justa revaloración de aquella época llamada medieval. Difícil es encontrar hoy día en ellos un universitario serio sin conciencia de que aquellos valores del pasado sean medulares en la cultura de su patria y en la suya propia por consiguiente. Sería raro topar a uno sólo que tomase un aire de desprecio para aquellos años del medievo y que no viese en éstos, incluso, la génesis de ese extraordinario fenómeno, que está vivo y pujante, de esa maravillosa construcción del hombre que se llama Europa. Una historiografía copiosa, profunda y estupenda dan testimonio de ello. La Edad Media, puede decirse, ha sido superada, naturalmente, pero también ya reivindicada entre los europeos.

Cuando se habla de este tono, ha de entenderse que se hace para aquellos espíritus serenos y aún no ahogados —en el mar de las injusticias presentes— por el resentimiento, la negación, el tópico y prurito irresponsable de destruir sin miramientos cuantos valores existen por excelsos que sean. Hay que repetir hasta la saciedad, que existen valores culturales que constituyen el patrimonio permanente del hombre, y que éste no puede destruirlos sin causar su propia ruina y muerte.

El objetivo de las izquierdas de hoy es el mismo que el de las de ayer, y, por eso, bien conocido: el cambio por el cambio, el cambio a costa de todo. En el plano de la universalidad, ninguna revolución ha sido perdurable más que en sus valores verdaderos y, precisamente, cuando ella misma ha desaparecido y perdido su virulencia. Esto, para decir que en una revolución sólo hay de bueno aquello que no es de su estricta y exclusiva pertenencia, y que, por consiguiente, la violencia de su dinámica —que es su propia esencia— no se justifica si se pueden alcanzar, como se alcanzan, los objetivos fundamentales que persigue, sin dejar como ella deja una estela de escombros, que es, contraproducentemente, signo de evidente retroceso.

Nuestra independencia del año de 1821, o sea la

ruptura por nuestra parte del vínculo de unidad política que existía en torno a la Corona, ha sido la única revolución que entre nosotros pueda merecer el nombre de tal. La única que realmente interrumpe el proceso. Se llegó a ella por una necesidad, lamentablemente, si se quiere, pero que las circunstancias hicieron inexcusable. Fue una quema de naves en la que a fin de cuentas se acabó con las vituallas, para marchar luego a tientas sobre lo imprevisto. Los hombres más prominentes de aquel momento estuvieron ciertamente en lo justo. Pero ocurrió luego lo que tenía que ocurrir: la ruptura de todos los diques y el desborde sin límite. La anarquía y la demagogia al orden del día para arrasar con todo. La improvisación sobre la marcha y, como conclusión: la postración y el vacío, donde nos encontramos.

Es francamente lamentable que en 140 años de vida independiente nos hayamos pasado repitiendo letrillas y tópicos seudopatrióticos; un siglo y tanto encendidos en entusiasmo ante fetiches institucionales, por añadidura extraños e importados; un tiempo precioso perdido en frustraciones, cuando no en ruina y muerte tras disputas estériles. Es francamente lamentable que después de 140 años, repitiendo y danzando la cancioncilla revolucionaria de la "Liberté", nos haya sorprendido, tocando a la puerta, otra revolución.

Fuera de los eternos satisfechos, de los magníficos pescadores del río revuelto, dudo de que haya un solo nicaragüense responsable y de conciencia que no reconozca el estado de crisis permanente en que hemos vivido, y que no vea asimismo la amenaza y el peligro que se avecina; que no esté percatado de la gravedad del momento sin la necesidad de plantearse una solución de fondo, vital, al menos en los órdenes social y político, para salir del atolladero en que nos encontramos.

Precisa una solución auténtica, y ésta no se puede lograr sin un examen, reelaboración y orientación sana de nuestra historia. Justo, muy justo, es que acudamos de inmediato a solucionar el problema de nuestras masas empobrecidas, a que mejoren su triste condición; pero, sin engañarnos, debemos de estar advertidos de que tal medida no va más allá del caso de una simple operación de urgencia. Las raíces del mal son profundas y viejas, y se requiere un cambio de método para desenrañarlas con efectividad. No podemos seguir haciendo uso del vano recurso liberal de combatir los efectos sin acudir a las causas. Paliativos. Parches. Oficio de remendón.

No hay duda de que nos hallamos en una situación inestable, tanto en lo social como en lo político. Bien sabida es la norma de que no puede darse estabilidad en lo segundo sin antes haberla alcanzado en lo primero. Pues bien, en ambos órdenes la solución radical nos la ofrece el comunismo, y, si no acudimos a tiempo, seguramente será la única en que tengamos que desembocar, con todo y su brutal corolario de opresión y exterminio

de la personalidad humana. El Liberalismo no tiene, absolutamente, nada que ofrecer. Todo lo que éste presente no será otra cosa que puros fuegos artificiales. Suficiente tiempo ha corrido para desengañarnos. Si queremos salvarnos, la palabra y la acción la tiene el Conservatismo.

Pero, pienso, que entre nosotros lo primero que hay que salvar es precisamente al Conservatismo. La frase, bien conocida y más tergiversada, de uno de nuestros ilustres políticos, la de que cuando el Conservatismo falla, los cimientos de la nación se destruyen, debe tenerse como una ley. Hoy los cimientos de la nación se desmoronan porque el Conservatismo ha venido fallando. No nos engañemos. Las fuerzas que hasta ahora han estado representándolo han caído en descrédito y perdido toda eficacia. Se desacredita el que no es verdadero; el que imita, porque demuestra que lo propio no tiene valor. Ayer, esto no tiene vuelta de hoja, nuestros padres hablaron lenguaje liberal; hoy, no creo andar muy descaminado, comenzamos a hacerlo en "slogans" marxistas. ¿No lleva esto a demostrar una absoluta carencia de contenido propio en el Conservatismo? ¿Son acaso los ideales de libertad y justicia ajenos a su esencia, para que tengamos que tomarlos por desgracia de dos errores filosóficos como el Liberalismo y el marxismo?

Los nuevos tiempos exigen de nosotros una completa revisión de nuestra conducta. Una acción positiva y auténticamente nuestra. No podemos repetir la mala experiencia de haber andado codo a codo con doctrinas extrañas. La actualidad o vigencia del Conservatismo no ha menester para su efectividad hacer uso de los incentivos revolucionarios del Comunismo. En este terreno, por imitadores, no haremos más que el ridículo: en ello se bastan los comunistas porque lo saben hacer a la perfección. Por lo demás, será sólo en su provecho.

Si el Partido Conservador ha de salir airoso de este trance difícil de la vida nicaragüense, ha de realizar esta vez su tarea propia, no la ajena. La que efectuó en su acción inicial para frenar la anarquía, y en las ocasiones que se alzó contra los excesos de autoridad, a que se llegó en sus momentos por el Liberalismo. Ciertamente, acciones que honran su historial. Pero su tarea de hoy es más honda, traspasa los límites de lo estrictamente político. Lo es de rectificación de errores fundamentales, de revalorización de su contenido, si es que ha de ser eficaz y mantenerse presente. Su responsabilidad es tal, que sólo de él depende el que la nación recupere y continúe conservando sus propias esencias. Porque el Conservatismo no es una doctrina ni una ideología más, sino que es la nación misma en sus justos valores, y el Partido Conservador, hasta hoy, su obligado guardián. Esos valores —pasados, presentes y venideros— que hacen que seamos nicaragüenses y no birmanos o checoslovacos: los de nuestra propia personalidad, que no se dan más que por la historia. Valores irrenunciables e insustituibles, si no es a precio de la propia muerte; intemporales, como que son la entraña misma del ser.

El mayor daño que el Liberalismo causó al Conservatismo nicaragüense, y en consecuencia a la nación, fue el de habernos inducido a dar las espaldas al pasado; a hacer todo lo contrario del Conservatismo. Tras una cen-

tenaria y sumisa servidumbre a sus falsos principios, corramos nuestras propias defensas, soltamos las amarras, y por eso nos encontramos hoy a merced del menor viento. El Liberalismo, una doctrina típicamente revolucionaria en sus días, antihistórica por fundamento, se puso a hacer Historia y nos la dio, como tenía que darla, desfigurada. La juventud nicaragüense se ha educado a través de un siglo bajo sus principios y directrices. En Nicaragua no se ha escrito ni enseñado más Historia que la escrita por liberales o con método liberal, sin otra contrapartida que la de tímidos esfuerzos bajo el anatema. Los pontífices del Liberalismo que escribieron historia nos ofrendaron una patria mutilada, sin raíces. Nuestra nación según ellos surgió por generación espontánea el año de 1821, donde habrían de haber todas las improvisaciones, y consecuentemente, tras los repetidos y endémicos fracasos de las postizas intromisiones de su sistema, propalaron la patraña de que aún éramos un pueblo no maduro. Borraron de un plumazo tres siglos de vida nicaragüense, y los que había más allá de ellos.

Pero es que la Historia escrita con patrón liberal es Historia doctrinaria, tendenciosa, sectaria; Historia hecha por políticos y para la política, entendida ésta como simple instrumento de poder. En definitiva, una Historia para servicio exclusivo de los ideales del Liberalismo, pues la negación y condena del pasado, repito, era una exigencia propia de su operar doctrinario. Y no es como creerán los espíritus triviales, que para fortalecer nuestro conservatismo se deba hacer una Historia acomodada, falsificada, una Historia que dirán conservadora; no, eso sería caer de nuevo en el error liberal. No se trata de una Historia negra o rosa. Pues no existe una "Historia conservadora" en el sentido que se hizo para el Liberalismo. Para el Conservatismo sólo ha de ser la historia, así a secas; la que nos permite conocer, valorar, aprovechar y orientar la totalidad de nuestra conducta desde que somos.

La deficiente formación histórica de la juventud nicaragüense, más bien su deformación, es sin duda alguna su mayor lastre para resolver la situación presente y ganar seguridad en su marcha hacia el porvenir. Me temo que los 140 años de vida independiente, republicana y demo-liberal no sean todo lo glorioso que se destila en las proclamas revolucionarias, en los discursos de aniversario o en la satisfacción oficial. No creo que la reiterada gran mentira de nuestra representación popular en los poderes públicos, que ese vaivén constante entre la anarquía y el autoritarismo, que la inseguridad que en todos sus órdenes ha venido padeciendo nuestro pueblo, no merezca la suficiente atención de nuestra generación para reincidir en los falsos postulados de doctrinas extrañas que solamente nos han traído confusión, y para no entrar, por el contrario y antes de que sea más tarde, a una revisión fundamental que cubra toda la extensión de nuestra experiencia histórica.

Ese pasado que repudiamos tiene mucho que enseñarnos en orden a la convivencia humana. Sólo de su examen aquilatado y aprovechamiento de los que tenga de válido y vigente, en un honrado propósito de justicia para con nuestro pueblo, puede surgir la fórmula propia que asegure su inaplazable bienestar.

Sevilla, 1 de Agosto de 1961.